

Recuerdos de Fortanete

José Manuel Hernández

Ya han pasado algunos años desde mi paso por Fortanete. Fue durante dos cursos, del 82 al 84. Y, pensándolo bien, parece que no ha transcurrido tanto tiempo. A pesar de ello, recuerdo con cariño los buenos momentos de aquella época, pues fueron los mejores, tanto en el plano profesional como en el personal. Claro que, para que así fuera, se dieron las circunstancias precisas: estaba contento en el pueblo, porque en lo relacionado con la escuela me encontraba a gusto, a pesar de la variedad de cursos y niveles que había en el aula, pues tanto los más pequeños (preescolar 4 años) como los mayores (4º el primer año y 5º, el segundo) pasando por el resto de los cursos eran niños y niñas muy agradables, con sus diferentes capacidades y actitudes, pero sociables y receptivos.

En el plano de las relaciones personales, con la gente del pueblo o que residía allí, ¿qué puedo decir? Tuve siempre la sensación de que me conocían de toda la vida y me consideraban uno más, en un clima verdaderamente acogedor.

Con la gente que más me relacionaba, casi a diario, era con los funcionarios que, como yo, estaban en el pueblo de paso. Pero no por el mero hecho de que lo fuéramos (en otros pueblos donde estuve pasé de esa relación) sino porque los que me encontré cuando llegué y otros que vinieron más tarde, fueron personas que merecía la pena tenerlas como amigos.

Sin embargo, no conformábamos un grupo cerrado, ya que, dentro de él había gente del pueblo que era asidua y otras personas que se unían a nosotros circunstancialmente para tomar unos vinos o simplemente para conversar. Por otra parte, estos amigos funcionarios eran todos casados; lo que quiere decir que tenían otras obligaciones y no disponían de tanto tiempo como yo, por eso después de "chatear" y pasar el rato en *El Estanco*, se iban a sus casas y yo visitaba otros locales a donde acudían los otros amigos, los del pueblo, que hasta entonces estaban terminando las faenas con el ganado y cenando.

Esto era lo que yo hacía muchos fines de semana que me quedé en el pueblo a lo largo de estos dos años. Se puede decir que llevaba una doble vida fuera del horario dedicado a la escuela: la que hacía con el grupo de *El Estanco*, las tardes de lunes a viernes y las mañanas de los sábados y la que hacía el resto del tiempo libre, con mis amigos del pueblo, todos los días por la noche y los fines de semana que me quedaba, frecuentando el resto de los locales.

Contar todos los buenos momentos que pasé en Fortanete ocuparía mucho espacio, por eso sólo voy a recordar algunos de ellos.

Dentro del ámbito escolar, me viene a la memoria una excursión que hicimos Carmelo y yo con unos cuantos alumnos y alumnas de ambas clases, a *La Capellanía*. Bernardo nos había dejado una masía para dormir porque no conseguimos tiendas de campaña para dormir una noche. Hasta allí nos llevaron, a nosotros y a las provisiones, Enrique Camañes en la furgoneta y Félix, el cuñado de Bernardo, en el remolque del tractor.

A media tarde, recordando las tortillas que íbamos a preparar para la cena, nos dimos cuenta de que los huevos se habían quedado en la furgoneta. Pensamos que estaba más cerca la Cañada de Benatanduz que Fortanete, y que podíamos dar un paseo hasta allí y de paso, comprar huevos.

Así lo hicimos, bajamos a La Cañada, compramos las dos docenas de huevos en una casa particular y después de dar una vuelta por el pueblo, regresamos a *La Capellanía*. La bolsa en la que iban los huevos, la llevaban entre todos, a relevo. Juega, salta, corre... cuando llegamos a

la masía, de las dos docenas, quedaban enteros dos huevos. ¡Menos mal que Enrique se dio cuenta al llegar a casa! A media tarde subió para llevárnoslos y cuando, al fin nos acercamos, nos estaba esperando.

Aquella noche dormimos en el pajar de la masía, en nuestros sacos y mantas. Bueno, lo que se dice dormir, no mucho, pues hubo bula hasta altas horas de la madrugada.

Al caer la tarde del día siguiente volvimos al pueblo. A pesar de las caminatas que nos dábamos a la fuente para lavar los cacharros y a nosotros mismos, los excursionistas estaban satisfechos de los dos días que habían pasado fuera de casa. Se les hicieron cortos.

Otro día para el recuerdo (en los dos años que estuve) fue la romería de la Virgen del Buen Suceso. Solíamos hacer la ida andando por el camino, como otras personas, algunos se desplazaban en diferentes vehículos. Después de los actos religiosos se comenzaban los preparativos para asar la carne. La gente se juntaba por grupos de amigos o familiares. Nosotros, los jóvenes que estábamos por aquellas fechas (Joaquín, Victorino, Dolores...) hacíamos nuestra comida a base de cordero a la brasa. Después de satisfecho nuestro apetito, en un lugar tan bonito como aquél, con un tiempo primaveral y en un buen ambiente, regresábamos al pueblo antes de que las luces del día se extinguieran. La vuelta, en el remolque de algún tractor. Al llegar, la fiesta seguía por diferentes bares, hasta que la gente cansada de un día bastante movido, se retiraba a descansar, pues al otro día había que ir a trabajar.

En *El Estanco*, sobre todo en el crudo invierno, pasábamos también muy buenos ratos. Aparte de los vinos y tertulias casi diarios, de vez en cuando organizábamos alguna cena en la que participábamos un buen número de personas. Estas cenas, generalmente nos las preparaba Emiliana en su cocina. Si era un codero o animal similar, lo cortaba y aderezaba Vicente y luego se llevaba al horno de la panadería. Dichas cenas servían para celebrar algo, aunque la mayoría de las veces, el motivo era modificar la rutina diaria.

En la época invernal (la mayor parte del curso) el horario de *El Estanco* era de ocho a diez, aproximadamente. Cada temporada llevaba sus costumbres. Durante los meses de más frío se bebía vino, cuando, ya avanzada la primavera el calor se hacía notar, era la cerveza la bebida preferida. También comíamos sardinas saladas, patatas cocidas... Al guiñote sólo se jugaba cuando nevaba. Y así iban transcurriendo esas largas tardes, más bien noches, del invierno.

Habría muchas más cosas para recordar, pero solamente las nombraré por encima: las partidas de golf en *Las Dehesas*; las cenas en *Casa Bernardo*; las tertulias de los sábados por la noche en este mismo bar o *Casa Félix*; las "enramadas"; las hogueras de San Antonio, en junio; otra excursión de la escuela a *La Capellanía* y la tromba de agua que nos cayó cuando íbamos en el tractor de Félix. En fin, podría seguir enumerando y contando un buen rato, pero ya vale con esto para hacerse una idea de cómo lo pasábamos en Fortanete en aquella época.

Me gustan y siempre me han gustado los pueblos. He pasado ya por unos cuantos, aunque de ninguno de ellos me han quedado recuerdos tan entrañables, y tantos, como de Fortanete. Algunas veces, se echan de menos momentos como aquellos, tanto en la escuela como fuera de ella.

Un saludo. *José Manuel Hernández*